

otro lleva un nombre prócer en la región; el de más allá ocupa tal cargo; y el que a usted más le ha impresionado, empieza a mover la pluma con tanta gentileza como mueve, según usted puede ver, su caña de India entre los dedos pálidos».

Empezó el desenvolvimiento de la cinta. En la penumbra me era posible, y en ello me complacía, observar el interés con que la niña curiosa deslumbraba las sombras de la sala con las miradas inquisitivas de sus ojos turbadores como tormentas del trópico. Y entonces, con motivo de un beso estupendo de la Priscilla Dean, y el abrazo congestionante del actor que la acompañaba en la ficción, del palco vecino, del grupo del que momentos antes hicimos este elogio, oímos — como oyeron nuestros acompañantes a pesar del ruido que tratábamos de hacer poniendo en «dó mayor» nuestra voz falsamente ruseña, — comentarios de este sabor:

- ¡Chupa, esponjita!
- ¡Métele, guayabo!
- ¡Aprovecha, buche!
- ¡Rascabucha, rascabuche...!

Nos dió vergüenza. Y nos avergonzamos. No era aquel un comentario más o menos espontáneo e inevitable como consecuencia de una charla de hombres solos, no; fué la premeditada salida de tono de unos niños góticos de los mil y uno que creen que estas «machanguerías» son gratas a la mujer, porque lo corriente entre ellos es frecuentar el trato de mujerzuelas de mala vida y peor meollo que aceptan como signo de hombría este lenguaje más que todo imbécil y delator de un bajo nivel espiritual. Estos son los mismos que si van en un tranvía congestionado, simulan que duermen cuando entra una señora con un niño de la diestra para evitarse el «sacrificio» de cederles el asiento; estos son los mismos que se apostan en las cuatro esquinas de la calle más frecuentada para espetarle a la primer mujer que pasa un vocabulario soez de *piropos* que enrojecerían de vergüenza a un guardia civil; estos son los mismos que ante los problemas de la nación, se encogen de hombros, echando a barato el interés de la patria porque, para ellos, no hay más diferenciación entre los hombres de Cuba que los que poseen *botellas* y los que aspiran a poseerlas; estos son los mismos para quienes cualquier manifestación intelectual no pasa de ser más que un vano deseo de exhibicionismo de quienes cultivan las letras y las artes; estos son los mismos para quienes no hay más motivo de estimar la vida que por los momentos propicios a la *cumbancha* que ella ofrece... Estos son los que integran las más nutridas filas de nuestra juventud de hoy. La mesa de

juego, la alcoba del prostíbulo, el cultivo de la droga heroica: he ahí la suprema aspiración de esta mocedad que anubarra el horizonte de nuestra patria...

Retños degenerados de una raza fuerte, dijérase que nada tiene que ver esta juventud con aquella que salía de los gimnasios y de las aulas universitarias para empuñar el rifle libertario o escalar la tribuna donde se predicaba el derecho de liberación de nuestra tierra esclava.

Y son ellos los que, privando por la fuerza del número y hasta la sonoridad de los apellidos, decretan la inutilidad de cultivar las artes y las letras en nuestra tierra como cosas privativas de afeminados y de tontos.

Así es como, producto de esta generación degenerada, vemos que el ambiente se hace áfono a las demostraciones culturales de nuestros hombres orientados hacia otras tendencias. Y así es como, día a día, observamos la

deserción de los más caracterizados artistas y poetas cubanos de las filas del ensueño. Y así es como vemos que poetas de tanta alcurnia como un Agustín Acosta, rompen la lira o la sepultan entre los legajos de una oficina pública, para después, cuando en una hora de emoción invencible, la nativa inclinación les hace volver al canto olvidado, expresarse como recientemente lo ha hecho en estos versos el poeta de Matanzas—inolvidable en Santiago de Cuba—que actualmente se apollilla en la penumbra de un bufete campesino de Sagua la Grande!

«Todo ha quedado atrás: el río, la arboleda, aquellos pájaros tan lindos que el corazón quería apresar en su jaula para escuchar sus trinos.

Observo que a menudo siento y pienso, y que, sin darme cuenta, tuerzo el recto [camino...]

Tendría gracia que tornara a ser poeta...! Qué desatino!»

(Diario de Cuba, Santiago de Cuba).

La fuerza bruta como valor literario

POR JULIO CAMBA

EN un reciente número de «La Voz», Nilo Fabra nos cuenta su entrevista con un mozo de cuerda, chiquitín y delgado, a quien le preguntó cómo podía ejercer sus rudas tareas siendo un hombre tan endeble.

— ¡Qué quiere usted! — le contestó el cargador. — Lo que no hace la fuerza, lo consiguen los nervios.

Cuando Fabra se decide a hacer una información sobre los literatos, tropezará con algunos que le sugerirán la pregunta contraria:

— ¡Cómo, siendo un hombre tan bruto, puede consagrarse usted a labores de un orden puramente espiritual?

Y si el interpelado es sincero, le dirá:

— ¡Cosas de la vida! Lo que no consiguen los nervios, lo hace la fuerza...

La fuerza bruta, en efecto, constituye uno de los valores literarios más preciados en España. En otros países, cuando un joven tiene capacidad para levantar a pulso ochenta kilos, se dedica al «foot» o al «base-ball», a la natación, al pugilismo y, en último término, a transportar baúles. Aquí se dedica a la literatura y, de momento, a nadie le preocupa la suplantación. Si los periódicos vienen demasiado aburridos, se les emplea en hacer envoltorios; si los libros se caen de las manos, se los deja caer... Hasta que un día el buen lector, necesitando

que le suban sus maletas a un quinto piso, se encuentra con que el mozo de cuerda flaquea, y entonces es cuando comienza a sufrir los resultados de su indiferencia en cuestiones literarias.

Indudablemente, la literatura no es una cosa esencial en la vida, y a falta de escritores buenos nos las arreglaríamos con escritores malos o medianos; pero lo grave es que mientras no tengamos una buena producción literaria no tendremos tampoco un buen servicio en las estaciones de ferrocarril, y si yo protesto contra el empleo de la fuerza bruta en literatura, no es tanto por la literatura como por la fuerza bruta.

A la larga, y como la literatura no está aún lo suficientemente bien retribuida entre nosotros, el hércules que se dedica a hacer dramas, novelas o artículos comienza a debilitarse y deja de ser un hércules sin haber logrado nunca ser un verdadero escritor. La raza se va así depauperando inútilmente. Vamos perdiendo fortaleza física sin sustituirla con ninguna clase de energía intelectual o moral.

Y es que todo se relaciona y que nadie debe aplaudir una comedia estúpida, aunque las comedias estúpidas le gusten mucho, porque las comedias estúpidas suponen las casas malas, los tranvías que no andan y los coches destartados, arrastrados por caballos espiritualísimos.

(El Sol. Madrid).